

HOMILÍA.

EL OIR CON GUSTO LA PALABRA DE DIOS

ES SEÑAL DE PREDESTINACION.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE GONZÁLEZ.)

Qui ex Deo est, verba Dei audit: propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.

El que es de Dios, oye la palabra de Dios: vosotros pues no la escucháis, porque no sois de Dios.

S. Juan, c. 8. v. 47.

El entusiasmo con que una multitud del pueblo de Israel sigue á Jesucristo por el desierto, atraída del sincero deseo de oír de sus labios la verdadera sabiduría, forma un admirable contraste con la malignidad de los fariseos, quienes viendo la perfeccion con que la enseña públicamente en el templo, ponen todo su conato en combatirla ó en hacerla despreciable á las turbas. Unos y otros eran testigos oculares de los milagros con que demostraba su mision; sin embargo los primeros reciben su doctrina como procedente de un origen divino, cuando los segundos la detestan, como si fuera un aborto del infierno: aquellos colman de bendiciones á tan celestial maestro; estos profieren contra él los mas insufribles dicitrios, las blasfemias mas execrables: los unos llenos de admiracion determinan elegirle por su rey; los otros poseídos de furor resuelven quitarle la vida apedreándole. Ahora bien; siendo unas mismas las verdades que anuncia, uno mismo el reino de los cielos que promete, uno mismo el camino que ha de conducir á él, ¿cómo es

que sus palabras tienen resultados tan diferentes, tan opuestas consecuencias?

Cuando el Hijo de Dios explicó á sus discípulos la parábola del sembrador, manifestando la causa que impedia la fructificacion del grano que caía en los caminos, en las piedras, entre las zarzas y espinas, no tuvo por conveniente declarar que habia otra especie de terreno tan ingrato que repelia la semilla, la arrojaba de sí en el momento, se volvia furioso contra el sembrador, lanzaba contra él sus piedras, y dilatava su oscuro y anchuroso seno para devorarle; pero hoy nos da de él una idea clara y distinta en la persona de los fariseos, llamando nuestra atencion hácia la notable diferencia de suertes que están destinadas para los que oyen con aprecio su doctrina celestial y para los que la repelen con insolencia. Esto es precisamente lo que pienso explicaros con la claridad y brevedad posibles, siguiendo la letra del Evangelio presente: á vosotros pertenece escucharla con docilidad, para que podáis coger sus copiosos frutos.

Señor, siempre he creído indispensablemente necesarios los auxilios de vuestra gracia soberana, para que la semilla que arrojáis por mi mano á la tierra cristiana, sea capaz de fructificar debidamente; pero es de mayor necesidad en el día. Conozco que los discípulos de los fariseos no escucharán mi doctrina sino con el objeto con que sus maestros escuchaban la vuestra; mas para librar á la multitud incauta de los innumerables y escondidos lazos que en todas partes les tienen armados, solo es suficiente la irresistible fuerza de vuestro brazo todopoderoso. Su asistencia es la que imploro con toda mi alma, y por la mediacion de vuestra Madre santísima. *Ave Maria.*

Por saludable y grato al paladar que sea un alimento, no puede producir los mismos efectos en todo género de personas. El estómago de unas, siendo fuerte y sano, lo recibe bien, cuando el de otras por ser débil y viciado suele volverlo insípido, perjudicial á la salud, y aún destructor de la vida. Esto mismo sucede con la verdad eterna, alimento el mas provechoso para el alma, como que de suyo asegura su vida por toda la duracion de una dichosa eternidad; pero, ay! que recibida con un cora-

zon obstinado, se hace odiosa, insufrible, funesta. La multitud de judíos que la escucha con docilidad de boca del mas sabio de los maestros, se deleita con ella, se alimenta en la mayor abundancia, recibe por su conducto la luz sobrenatural: *multi crediderunt in eum*; y se persuade con toda seguridad á que practicando lo que ordena, se asegura una inmortalidad bienaventurada. El orgulloso y endurecido fariseo se exaspera por el contrario, se llena de indignacion; se vuelve enfurecido contra ella y contra el Hombre-Dios que tiene la bondad de anunciársela por un puro efecto de su amor; prorumpen en calumnias, en imprecaciones, en blasfemias contra él: *Samaritanus es tu, et dæmonium habes*; y aún llega al extremo de conspirar contra su inocente vida armándose de piedras al efecto: *tulerunt lapides ut jacerent in eum*.

¡Qué ideas tan opuestas, qué pensamientos tan contrarios se descubren en los unos y en los otros! Amados hermanos míos, cuando colocado en la cátedra del Espíritu santo, os presentáis á mi vista dispuestos á oír con la mayor atencion y docilidad las verdades que os anuncio en nombre del Señor, mi alma se llena de un consuelo indefinible. En tal caso desearia que mis conocimientos y la elocuencia de mi voz superaran á los de los mas acreditados sabios; quisiera ser un Crisóstomo, un san Gerónimo. Mas ya que esto no es posible, me esfuerzo para que mi trabajo sea capaz de suplir aquella falta. Porque á la verdad yo no sé qué descubro en vosotros, que me interesa, que arrebatada toda mi atencion en favor vuestro. En el fondo de mi corazon oigo una voz inefablemente deliciosa que me dice: *qui ex Deo est, verba Dei audit*; el que es de Dios, oye la palabra de Dios. Esto, esto es seguramente lo que produce en mí el elevado juicio que tengo formado de vosotros; esta breve y compendiosa sentencia es la que os presenta á mi vista adornados de la mas sublime dignidad. Examino con ansia otras expresiones del Salvador análogas á esta, por si consiguen desenvolver tan sublimes ideas, y llaman al momento toda mi atencion las palabras siguientes: *si quis sermonem meum servaverit, mortem non gustabit in æternum*: no, seguramente no será presa de una muerte desventurada y eterna aquel que procure observar la doctrina del cielo que yo, indigno ministro de un Dios omnipotente, le anuncio en su nombre. Y ¿qué otro objeto podéis

proponeros vosotros al escuchar con tanta frecuencia y atencion esta doctrina celestial, sino el de poner por obra lo que enseña y manda? Por eso sin duda este pastor divino nos dice con mas expresion aún en el mismo Evangelio: mis ojevas oyen mi voz, la conocen, la escuchan con suma complacencia, y guiándolas yo por este medio á donde encuentran sin dificultad los pastos mas abundantes y salutíferos, les proporciono la vida verdadera y eternamente feliz: todos los esfuerzos, todas las astucias é incitaciones de los enemigos son incapaces de arrebatarme una sola.

Qué venturoso presagio, cristianos! ¡qué grata connoccion experimenta mi alma en estos momentos! No permita Dios que yo fomenté en vosotros el orgullo y la soberbia; que os conduzca á un descuido criminal ó á una seguridad temeraria. No quiero decir que seáis impecables; ántes me persuado á que no todos tendréis la fortaleza necesaria para vencer tantos enemigos, y acallar tantas pasiones como os acometen á cada paso. Aún mas; no estoy léjos de pensar que algunos, muchos, la mayor parte gemiréis bajo el yugo del pecado; pero vuestra firmeza, vuestra constancia, vuestro anhelo por oír la verdad, manifiesta un deseo sincero de romper las cadenas de esa funesta opresion, de fortaleceros contra las tentaciones, de salir del desventurado abismo en que os halláis, y emprender el verdadero camino de la virtud, continuándolo sin interrupcion hasta llegar á la cumbre de la perfeccion cristiana. Qué venturoso presagio! qué feliz...! Lo diré de una vez: de las palabras que acabo de proferir en nombre de Jesucristo, deducen todos los Padres y expositores que el oír con frecuencia y con gusto la palabra de Dios es una de las señales ménos equívocas de una dichosa predestinacion. Puedo deciros mas? Ah! continuad, continuad en ese santo ejercicio; despreciad las necias censuras del mundo enemigo irreconciliable de la verdad: alabad al Señor, entonando en honor suyo los mas fervorosos himnos de bendiciones, puesto que por su misericordia os resta este delicioso consuelo en medio de tantas desventuras. Pedídle que conceda á sus ministros el celo, el acierto, la uncion conducentes é indispensables para colocaros en el término de tan bienaventurado destino: bendecídle respetuosos, ya que tan osadamente le blasfeman y persiguen los impíos, odiando, blasfemando, persiguiendo á la verdad y á cuantos se la anun-

cian en su nombre, por cuyo medio prestan indicios muy fundados de una temible reprobacion.

Al recordar esto, señores, no puedo ménos de compadecer su suerte. Infelices! digo en mi interior; ¡mil veces desdichados por lo mismo que cierran sus ojos á la luz de la verdad, y sus oídos á las voces del desengaño! La infinita Sabiduría, que tan felizmente pronostica de los que se apresuran á venir al templo con el santo fin de instruirse en las verdades eternas, dice por el contrario de los que las persiguen ó desprecian: *propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*. Desgracia lamentable! ¡no pertenecen al Señor; no están marcados con la señal de sus ovejas predilectas; no están destinados á la gloria que Dios tiene reservada para sus verdaderos hijos, para los miembros vivos de su cuerpo! Pero aún dice mas: *vos ex patre diabolo estis*: han elegido al demonio por su padre, por modelo de su conducta, por el único Señor á quien ofrecen todos sus servicios, por la herencia que ha de caberles por toda una eternidad; al diablo enemigo irreconciliable de la verdad y único autor del fraude y de la mentira. Infelices! ¿cómo han de sufrir que se les ponga delante lo que mas aborrecen, porque poniendo de manifiesto la injusticia de sus procedimientos, no puede ménos de cubrirlos de oprobio é ignominia?

Sin embargo, como no es fácil se les oculte que el rebelarse abiertamente contra la verdad conocida, seria la mayor insensatez ó lo sumo de la malignidad, se valen del disimulo y la falacia para conseguir sus inicuos proyectos: aparentando un amor decidido por la verdad, al mismo tiempo que desean con ahinco desterrarla del mundo, infaman y calumnian á los encargados de predicarla, é imitando fielmente la conducta de los fariseos les dicen como estos á Jesucristo: *Samaritanus es tu, et demonium habes*.

Sí, es preciso confesarlo, señores; la táctica infernal de los fariseos no acabó con esta secta; los fariseos modernos la continúan y no descansan hasta conseguir su objeto. Sin temor de equivocarme puedo asegurar, que en ningun tiempo se han vomitado dicterios mas injuriosos, calumnias mas atroces, detracciones mas ofensivas contra los ministros del Evangelio que en nuestros desgraciados dias. Toda la sabiduría del siglo parece consistir en el prurito de declamar contra los vicios reales ó supuestos de los ungidos del Señor: aún los hipócritas, que

tanta ostentacion hacen de la piedad, que está bien léjos de abrigar su corazon, se esmeran en ponderar la excesiva relajacion de los sacerdotes.

No era esta la ocasion ménos oportuna de hacer la apología de estos; pero no lo juzgo necesario, por suponer que no sois del número de sus detractores, puesto que venís al templo á escuchar con tanto gusto su doctrina. Ademas oigo la voz de Jesucristo que dice: *ego autem non quero gloriam meam*; y debo obedecerla. No, yo no debo detenerme á elogiar la conducta de los que anuncian la verdad, ni mucho ménos puedo desafiar á los impíos, como Jesucristo, á que nos arguyan de pecado; pero estoy en obligacion de rechazar las calumnias que se les levantan. Yo no busco nuestra gloria, *sed demonium non habeo*; pero no puedo consentir que se diga de nosotros que alucinamos á los pueblos; que les vendemos por verdades divinas lo que es una verdadera invencion de los hombres. La doctrina que predicamos, es la verdad del cielo, es la verdad del mismo Dios, es la verdad eterna, es la verdad mas interesante, y la única incapaz de contraer la corrupcion del conducto por donde pasa. En este caso tenemos un derecho á exigir el asenso de los fieles á nuestras palabras, ó á decir por el contrario que no son de Dios, los que lo niegan. El Dios omnipotente, el Dios verdadero, ese Dios que se precian de adorar los cristianos, ese es el que nos autoriza para hablarles; sus preceptos son los que les proponemos: si nuestras obras no se conforman con nuestra doctrina, no por eso perdemos el derecho de que se nos crea, cuando hablamos en nombre del Señor.

Pero, como he dicho mas de una vez desde este mismo lugar, no es la relajacion tan exagerada de nuestras costumbres la causa del odio que se nos profesa. Lo diré con las palabras del mismo Dios: *si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret*; si nuestras obras fueran tan criminales y escandalosas como se supone, y como son en realidad las de nuestros enemigos, no se nos daría en rostro con ellas; se alabaría nuestro celo, nuestro proceder; gozaríamos la estimacion de los mismos que tanto nos aborrecen, porque una conformidad y armonía tan completa en las obras produciría necesariamente una perfecta simpatía en los afectos. *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret*: no, no somos tan relajados como se quiere suponer; no son nuestros vicios, nuestro

ministerio es lo que se hace insoportable á los hijos del siglo ; no por nuestros desórdenes, por anunciar la verdad que condena sus desarregladas pasiones es por lo que nos aborrecen. Así es que no siendo suficientes las detracciones y calumnias para hacernos enmudecer, recurren á la mas abierta, injusta, escandalosa y horrible persecucion : *tulerunt ergo lapides, ut jacerent in eum.*

No necesitáis, cristianos, que presente yo á vuestra vista el espantoso cuadro de nuestra historia; ese cuadro que ha cubierto del mas negro é ignominioso borron al catolicismo de este país; ese cuadro cuyo recuerdo tiene oprimido vuestro corazon, y arranca á vuestros ojos tan copiosas y amargas lágrimas. Vosotros amáis la verdad : esta nacion en su totalidad la ama, y no puede ménos de amarla, porque conoce los felices resultados que este amor ha de producir ; sin embargo no llevaréis á mal que inculque sin cesar sobre esto mismo. Huíd del espantoso precipicio á que conduce el odio de esta verdad divina : no os dejéis seducir de los silbidos de las sierpes encantadoras, pues si á primera vista parecen dulces, abrigan en su interior un veneno mortífero : buscád con ansia todas las ocasiones de instrueros en ella; abrazádlas con toda la efusion de vuestro corazon; grabádlas en él del modo mas permanente, y arregládlas á ella vuestra conducta. ¡Ay de vosotros, si cometéis la imprudencia de cerrarle la entrada en vuestro corazon ! ¡Ay de vosotros, si indignado el Señor hace enmudecer á los órganos de que se sirve para anunciarla ! ¡Ay, que podria deciros justamente despues : *propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis!* Ay, ay de vosotros entonces ! ¿Cómo ó por dónde habiais de llegar al término de vuestros deseos, si no hay otro camino que el de la verdad y la fe ?

Á nosotros, venerable clero, á nosotros pertenece dar en el modo posible un auténtico testimonio de las verdades que anunciamos. Procuremos conciliar su respeto y estimacion con el ejemplo mas recomendable. ¡Ojalá pudiéramos decir á nuestros enemigos sin temor de ser desmentidos : *quis ex vobis arguet me peccato?* Mas ya que por desgracia no tengamos esta gloria, ejercitémonos en las sublimes virtudes de nuestro sagrado ministerio, y que son desconocidas fuera del centro de la Religion. Amemos de corazon á nuestros enemigos; procuremos todos los bienes posibles á los que tanto se afanan por

perjudicarnos ; ofrezcamos al Señor el incienso de nuestras oraciones y sacrificios por la salud eterna de los que tan decididamente nos persiguen ; *et non timentes eos qui occidunt corpus*, clamemos con una libertad cristiana, llamando á todos al ejercicio de la virtud, mostrándoles el verdadero camino del cielo y presentando sin cesar á sus ojos la luz clarísima de la verdad. Hagamos en fin cuanto permita la debilidad de nuestras fuerzas, para asegurar en los unos la gracia inapreciable de la predestinacion, y librar á los otros del abismo de una reprobacion desventurada. Amen.